

Zóbel. El futuro del pasado: Una reflexión sobre el paso del tiempo en uno de los lugares más emblemáticos de Madrid

El pasado 15 de noviembre se inauguró en el Museo Nacional del Prado una exposición sobre el arte y el legado del artista filipino-español Fernando Zóbel, titulada *Zóbel. El futuro del pasado*. La exposición buscaba presentar la obra del pintor a un nuevo público y establecer su influencia en el arte contemporáneo español y mundial. A través de una profunda indagación en sus cuadros y la evolución de su estilo y sus temas, la exposición ha logrado crear una nueva historia a través de una exquisita selección de obras que muestran la capacidad del artista de crear nuevos mundos a través de sus reflexiones abstractas sobre el paso del tiempo, el pasado y el futuro, entre varios otros temas.

Mi visita a la exposición tuvo lugar el pasado viernes 2 de diciembre. Llegar al Prado siempre es una experiencia muy bella, simplemente acercarse al edificio te traslada a otro lugar en tu mente. Sin embargo, nunca había acudido a una exposición de un artista específico en este museo, por lo que me sentí bastante intrigado por qué podía encontrarme. Aunque no estaba familiarizado con el arte de Fernando Zóbel, un familiar con el que comparto muchos gustos artísticos me recomendó su exposición. Antes de mi visita, investigué un poco sobre sus cuadros, y me parecieron muy interesantes ya que siempre he apreciado mucho el arte abstracto. Había algo de cola, pero no tardé más de cinco minutos en entrar. Con mi carné joven, la entrada me costó 7,50 € reducido de los 15 que suele costar.

La primera sala de la exposición se llamaba *El descubrimiento del pasado*, enlazando con la temática general del evento. Contaba con las primeras obras del artista, que creó entre las décadas de los cuarenta y cincuenta. Las obras que se hallaban en esta primera sala eran con diferencia las más coloridas de todo su repertorio. Con un estilo similar al de artistas como Miró, Zóbel incorpora en su arte elementos tradicionales, y los plantea desde una perspectiva vanguardista y minimalista. Los cuadros de esta primera parte del trayecto emanaban una cierta sensación de melancolía, y uno no podía evitar trasladarse a memorias alegres al verlos. Desde mi perspectiva, presentaban una bonita reflexión sobre el pasado y el mundo de los recuerdos.



Portada de Amor de Don Perimplín con Belisa en

Su Jardín, de Lorca (1946-47)

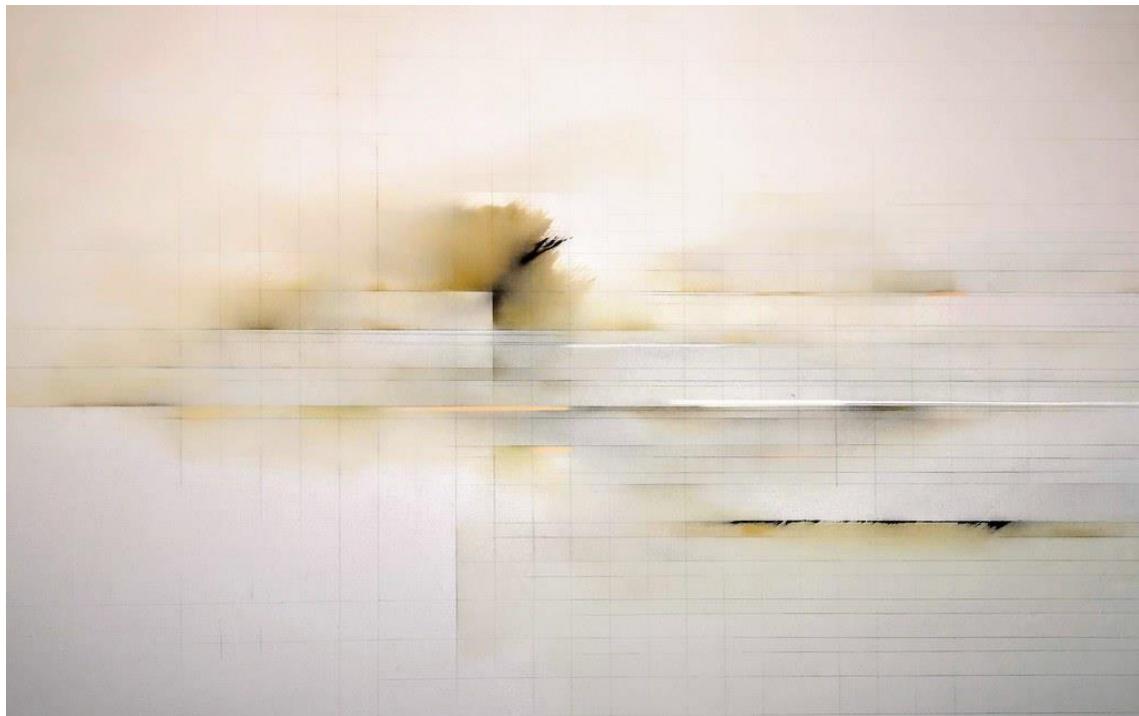
La segunda sala del evento tenía el título de *Dibujar pintando: caligrafía asiática y pintura abstracta*. Tras una representación de las primeras obras notables del artista, pasamos a adentrarnos un poco dentro de su proceso creativo, al igual que entender algo mejor sus raíces. Zóbel nació en Manila, en Filipinas, y se trasladó más tarde a España, aunque su lugar de nacimiento se pudo siempre observar dentro de su arte, y esto es más evidente que nunca en esta fase de la exposición. En estos cuadros vemos su obra simplificada al máximo posible, con tan solo las fundaciones en las que se basa. Vemos pinturas en tinta china, retratos hechos con pluma estilográfica que reflejan los principios de Zóbel como artista. De cierta manera, esta sala nos muestra el Zóbel más primitivo, aquel que busca encontrar su esencia y su razón de ser como artista.



Autorretrato con sello chino (1952)

Tras conocer al Zóbel más puro y presenciar su arte en su manera más esencial, nos cruzamos con una verdadera vista en su personalidad y su mente en la tercera sala, titulada *Conversaciones con los maestros*. Esta parte de la exposición se basaba alrededor de las anotaciones que el pintor tomaba en su cuaderno de arte. En ellas, hablaba sobre artistas que le fascinaban, al igual que reflexionaba sobre sus fuerzas y debilidades como creador, entre muchos otros temas. Un personaje que tomaba gran importancia en estos apuntes era Diego Velázquez, uno de los pintores favoritos de Zóbel, quien fue una de sus mayores inspiraciones estilísticas. Estos apuntes, a la vez que son una muestra del verdadero talento y conocimiento que el artista poseía en el ámbito del arte, dan a la persona que los lea una sensación de simpatía y respeto a Zóbel, quien realmente percibe sus obras favoritas con una fascinación casi infantil. Personalmente, al leer estas anotaciones realmente entendí lo que de verdad puede hacer el arte para una persona, cómo puede salvarlo de momentos oscuros y servir como una puerta a un mundo alterno al real.

En la cuarta sala vemos cómo Zóbel comienza a experimentar con el concepto del tiempo en sus creaciones. Titulada *Imágenes Dialécticas*, pude ver cómo el artista era capaz de introducir fragmentos del pasado, presente y futuro en sus obras, y crear una perfecta armonía entre ellos. A través del uso de colores fríos y figuras geométricas, Zóbel crea figuras que solo pueden ser descritas como “mosaicos de tiempo”. Al verlos, uno no puede evitar sentirse como si estuviese en frente de estanterías de recuerdos. Sin embargo, el artista es capaz de crear la sensación de movimiento en sus cuadros a través del uso de tinta negra y su contraste de figuras abstractas con elementos más organizados. Esto otorga a estas obras una sensación de progreso, de avance hacia el futuro con una perspectiva del pasado. Personalmente, nunca había visto pintura que reflejase el dinamismo de una manera tan eficaz. Cuando observaba las obras, parecía como si todos los fragmentos que las formaban estuviesen participando en una hermosa danza. Lo interprete como un símbolo de la relación entre el pasado y el futuro, sobre cómo las memorias que guardas en tu mente condicionan las decisiones que tomarás en un futuro y la persona que eres en el presente. Me parecía que le otorgaba una nueva dimensión a la pintura que, personalmente, nunca había experimentado así como aficionado.



Glastonbury (1966)

Con esta reflexión sobre el concepto del tiempo, pasé hacia la siguiente sala, la última de todo el evento. Se titulaba *Paisajes del pasado y futuro*, y servía como una especie de continuación de la anterior. Esta vez, consistía en cuadros en los que el artista además mezclaba elementos de paisajes con los principios de sus pinturas dialécticas. Así, en las obras existía una cierta familiaridad que esta vez estaba planteada desde la plasmación del paso del tiempo y del progreso. Aquel que veía estas obras se sentía familiarizado con sus elementos más básicos, pero se veía obligado a reflexionar como el tiempo afecta a todo lo que le rodea.



La vista XXVI (1974)

Es aquí donde finalizaba la exposición. Personalmente, salí aún más satisfecho de lo que suelo salir en el Prado, ya que, a parte de ver arte de altísima calidad, me sentí alegre de haber descubierto un artista que no conocía. La exposición está abierta hasta marzo, y, personalmente, no la podría recomendar más a cualquier amante del arte contemporáneo, en especial a cualquier lector de *Mausoleum* que se interese por el concepto de la mortandad y que quiera experimentar una novedosa reflexión sobre el paso del tiempo.